

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, DURANTE LA CEREMONIA INAUGURAL DEL XXI PERIODO DE SESIONES DE LA COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL)

Señor Norberto González, Secretario Ejecutivo de la CEPAL;
señores ministros de los países de América Latina y El Caribe;
señores miembros de los organismos internacionales aquí representados;
señoras y señores:

El gobierno de la República extiende la más cordial bienvenida a los miembros de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe.

Representa para México un gran honor ser la sede de este XXI Período de Sesiones de la Comisión. Queremos por ello ofrecer el marco propicio para un diálogo fértil y una reflexión profunda.

A pesar de la mejoría económica que se ha registrado recientemente en muchos países industrializados, a pesar de las perspectivas ahora más favorables de resolución de algunos de los desequilibrios fundamentales de la economía mundial, América Latina sigue hoy, en su conjunto, inmersa en una profunda crisis, sin duda una de las más graves de su historia.

Hace cuatro o cinco años, estalló en la región la crisis de la deuda externa. El endeudamiento se encuentra claramente originado por decisiones conjuntas, y por tanto corresponsables, de países en desarrollo y desarrollados. Estas decisiones, tomadas a mediados de los años setenta fueron guiadas por motivaciones diferentes: los unos querían y necesitaban crecer; los otros se encontraban con grandes montos de liquidez que no podían absorber y deseaban "reciclar". A principios de la década de los ochenta, sin embargo, el mundo cambió en sus orientaciones económicas fundamentales. Los países industriales abandonaron el compromiso del crecimiento, dando prioridad al combate a la inflación. Se deterioraron los términos del comercio de los países en desarrollo, cuyas exportaciones no lograron encontrar su destino en un mundo que ya no tenía tanta necesidad de ellas. Aumentaron en forma sin precedente las tasas internacionales de interés, como consecuencia de la conjunción de políticas monetarias restrictivas y fiscales expansivas en algunos grandes países industrializados. En muchos casos, los gobiernos de los países en desarrollo se mantuvieron apegados a sus objetivos ori-

ginales de crecimiento, a pesar de la evidencia de que estos cambios negativos no eran solamente distorsiones temporales, sino el resultado estructural de fuerzas que no podrían controlar. Ello acentuó la magnitud de la crisis cuando se retrajeron brutalmente los flujos de capital del exterior.

El costo del proceso global de ajuste de la economía mundial ha sido particularmente alto e inequitativo para los países deudores y, en particular, para el desarrollo de América Latina. El deterioro de los términos de intercambio ha sido brusco; en relación con 1970, el conjunto de la región necesita vender cerca de 25% más para obtener lo mismo. Para fines de 1985, América Latina necesitó más de un tercio de sus exportaciones totales, con poder de compra ahora menguado, para pagar los intereses de la deuda, contra un 15% que requirió en 1980. De 1983 a 1985 la región transfirió al exterior más de 105 mil millones de dólares, a través del pago de intereses y remisión de utilidades, y solamente obtuvo 18 mil millones de dólares en préstamos y nuevas inversiones. Esto prueba que en ningún momento se ha transferido al exterior la solución de nuestros problemas, pero señala también que hemos llegado al límite de poder sostener esta transferencia neta de recursos al resto del mundo que violenta la lógica económica y resulta tremendamente inequitativa.

La mejoría de nuestras cuentas corrientes con el resto del mundo ha tenido como contraparte un ajuste interno sustancial y doloroso. El ajuste de la balanza de pagos se dio fundamentalmente mediante la contracción de las importaciones y de la inversión. El crecimiento real acumulado para el área, de 1980 a 1985, fue sólo del 2.3% en comparación con el 5.5% del quinquenio anterior. Esto implica un crecimiento negativo per cápita de casi 9 por ciento.

Las implicaciones en términos de salarios reales, empleo y bienestar en general, son obvias: la crisis ha provocado un retroceso social significativo que requerirá años para revertirse. Las implicaciones políticas y sociales también lo son, al verse frustradas las aspiraciones populares legítimas. Sólo la acción política decididamente comprometida con la participación y el diálogo ha evitado poner en riesgo los consensos básicos que sustentan la convivencia democrática. Sin embargo, no

podemos solapar el riesgo de crecientes tensiones sociales, si no somos capaces de superar el estancamiento económico y el consecuente problema del empleo en sociedades como las nuestras que se siguen caracterizando por un significativo crecimiento demográfico.

América Latina es, sin duda, una región económicamente viable y con un amplio potencial todavía por desarrollar. Somos 400 millones de habitantes en un conjunto dinámico dentro de la población mundial. Nuestros vastos territorios, con sus amplios recursos naturales, sus sistemas de infraestructura y su aparato industrial, a pesar de su orientación predominante hacia los mercados internos, constituyen una base sólida sobre la cual impulsar el desarrollo. Los pueblos de la región tienen la fuerza de la tradición y la capacidad para enfrentar el cambio, como lo ha demostrado la intensidad de los procesos de ajuste y de transformaciones estructurales que se han llevado a cabo con vigor en los últimos años. Hoy, América Latina no debe dejarse llevar por el desaliento. Ante el peso de la deuda y la dura adversidad de nuestros días, contamos con la fuerza de todo lo que hemos hecho, que es garantía de lo mucho que podemos hacer.

Los tiempos de hoy son de responsabilidades y de clara identificación con instituciones y valores históricos; de ánimo y serenidad ante la adversidad; de firmeza en las decisiones y de perseverancia en los esfuerzos por realizar. Los países latinoamericanos sabemos que la solución de nuestros problemas no puede venir de fuera. La responsabilidad fundamental es nuestra. Por ello, estamos impulsando, en el marco de nuestras estrategias nacionales de desarrollo, los cambios estructurales que permitirán recimentar nuestra capacidad de crecimiento económico y progreso social sobre bases más firmes y duraderas y menos dependientes del ahorro del exterior.

Sin embargo, resulta irreal e injusto pretender que solamente mediante el esfuerzo interno y el sacrificio que implica un menor crecimiento y el deterioro en los niveles de bienestar, la crisis se alcanzará a controlar primero y a superar después. El proceso de ajuste interno se ha convertido en un obstáculo para la solución de fondo de los problemas que enfrentan las economías deudoras, ya que recursos que podrían servir para promover inversiones y aumentar la capacidad de exportación, salida fundamental en el mediano y largo plazos, son utilizados para llevar a cabo transferencias netas al exterior. Paralelamente, las dificultades para asegurar el servicio de la deuda propician un clima de incertidumbre, desalientan la actividad productiva, y pueden provocar inestabilidades sociales. En este panorama, se crea una aversión hacia las condiciones del servicio de la deuda externa y hacia la evolución desfavorable de la economía doméstica.

La situación actual no debe continuar, ya que de proseguir no ofrece salida. Nuestros pueblos nos exigen la

superación de esta crisis cada día menos tolerable.

A los esfuerzos que internamente han llevado a cabo los países de la región y que es necesario mantener y profundizar para superar los problemas estructurales de bajo ahorro interno, escasa generación de divisas y rigidez del aparato productivo, debe corresponder crecientemente una actitud positiva y corresponsable de los países desarrollados. Así, el problema de la deuda debe enfocarse, si pretendemos una solución duradera, a cuatro aspectos importantes:

- Ajuste del servicio de la deuda a la capacidad real de pago de nuestros países; esta capacidad debe implicar una tasa de crecimiento adecuada.
- Mecanismos eficientes de financiamiento y reducción de su costo.
- Apertura de mercados que nos permitan exportar para fortalecer nuestra capacidad de crecimiento y de pago.
- Ambiente internacional propicio que coadyuve a soluciones operativas y expeditas para la cooperación en las diferentes áreas de la economía internacional.

Por ello, México demanda firmemente, al lado de los países en desarrollo, la urgente reestructuración de las relaciones económicas mundiales que abarque, conjuntamente con la deuda, los problemas de finanzas y monedas, flujos comerciales y términos de intercambio, apoyo tecnológico y cooperación internacional. Los problemas deben abordarse en forma responsable por todas las partes involucradas. La búsqueda de soluciones debe ser un proceso participativo de negociación y concertación. Las soluciones deben ser compartidas, justas y permanentes.

Señores participantes en este XXI Periodo de Sesiones de la CEPAL:

No podría existir un foro más idóneo que el presente, para plantearnos con voluntad y realismo la problemática global del desarrollo futuro de la región y los cauces por los que debe transitar la integración latinoamericana.

Muchos países de la región, entre ellos México, están actualmente llevando adelante un proceso de renovación nacional. En consonancia con ello, la CEPAL debe también emprender una tarea interna de renovación. Existe una amplia conciencia y un consenso creciente sobre el hecho de que corresponde a la CEPAL impulsar en forma activa los análisis económicos que coadyuven a la discusión ordenada y profunda de las estrategias de desarrollo de América Latina. Frente a la complejidad, magnitud y relativa novedad de los problemas que conjuntamente enfrentamos, la CEPAL puede retomar su legado histórico y la gran tradición de pensamiento claro e independiente que ha desarrollado a través de su historia y proveer un marco conceptual actualizado relevante a la problemática de la región.

Una verdadera renovación analítica sólo puede basarse sobre un seguimiento cercano y constante de los pro-

blemas reales, dejando a un lado fórmulas apriorísticas o esquemas ideológicos rígidos. En ese sentido, la experiencia acumulada en los últimos años y ampliada recientemente en la batalla contra la adversidad económica, constituye ya una base suficientemente rica para un debate profundo y un esfuerzo genuino de esclarecimiento analítico de los problemas.

Los próximos años serán probablemente un periodo crítico para la región, tanto porque se seguirán consolidando cambios de fondo en el ámbito internacional con profundos impactos de largo plazo para América Latina, como por el hecho de que las políticas macroeconómicas de corto plazo seguirán sujetas a múltiples presiones y estarán caracterizadas por la necesidad ineludible de conciliar crecimiento económico con estabilidad global, desarrollo social con adecuaciones de las estructuras productivas. En este contexto, surgen varios temas para una nueva reflexión seria en el marco de un reexamen del desarrollo latinoamericano. Quisiera destacar cuatro de ellos.

Primero, la CEPAL debería hacer una reflexión decidida y un análisis a fondo en torno a los esquemas de estabilización económica propuestos por diferentes organismos internacionales, así como en lo referente a las experiencias propias de los distintos países de la región; en particular, debe evaluarse el manejo de las políticas macroeconómicas, tanto en lo que se refiere a la eficiencia de las políticas antinflacionarias, como a los tiempos requeridos para que los cambios estructurales contribuyan a la estabilidad económica.

Segundo, la CEPAL debería profundizar en el análisis de las interrelaciones entre las modalidades de solución global al problema de la deuda latinoamericana y la conformación, actualmente en gestación, de un nuevo sistema financiero internacional.

Tercero, la CEPAL debería compenetrarse en retroalimentar la filosofía de cambios estructurales que promueven varios países de la región. Podría analizar con profundidad la adecuación de los procesos productivos nacionales a los nuevos patrones tecnológicos, la inserción de la región dentro de la economía mundial y los márgenes de acción de América Latina en vísperas del inicio de una nueva y probablemente larga ronda de negociaciones multilaterales de comercio.

Finalmente, y retomando parte esencial e inspiradora de su mandato original, la CEPAL debería evaluar el papel que una verdadera cooperación intrarregional puede jugar en el futuro desarrollo económico de los países de la región, incluyendo el debilitado tema de nuestra integración económica.

Sobre los temas anteriores, no existen propuestas terminantes ni excluyentes. Rechacemos la búsqueda fantasiosa de un paradigma universal y la pretensión de un modelo único para resolver las dificultades que cada uno de nuestros países enfrenta. Pero ante la similitud

y complejidad de los problemas, podemos realizar un esfuerzo propio de reflexión y presentar con pragmatismo lineamientos puntuales de estrategia que permitan una solución de beneficio para todos. Por ello, como Presidente de México, exhorto y convoco a la CEPAL a que promueva una reunión extraordinaria para impulsar el análisis ordenado de los cuatro temas señalados.

Los latinoamericanos y caribeños existen como historia y cultura. Somos pueblos que, frente a presiones del exterior, siempre hemos luchado e indeclinablemente seguiremos luchando por mantener la soberanía de nuestras naciones, fomentar la democracia y promover la justicia. Varios de los países de nuestro continente están retornando a vivir en democracia; otros luchan por el respeto a su soberanía y el reconocimiento a su diversidad; todos aspiramos a la paz como condición y entorno para nuestro desarrollo. El reclamo por la dignidad en el trato internacional no es retórico ni acto de arrogancia; es condición indispensable para nuestra subsistencia cotidiana.

Están por delante épocas difíciles, pero vivimos también nuevas oportunidades para fortalecer el rumbo de nuestro desarrollo. En el aislamiento, resulta inalcanzable la solución de nuestros problemas. Pero los pueblos latinoamericanos rechazamos las imposiciones extranjeras que pretenden modelar nuestro desarrollo. Por ello, reiteramos que la concertación política es el camino idóneo para el establecimiento de relaciones económicas internacionales más justas y equitativas. Con el fin de evitar reacciones extremas o la aparición de situaciones críticas de alto riesgo para la comunidad internacional, es urgente enfrentar el tema de la deuda externa con una actitud que reconozca, plenamente, la dimensión política y económica de la misma. Es indispensable una disposición mayor que la mostrada hasta ahora por parte de los acreedores, para compartir responsabilidades y sacrificios. El abatimiento de la inflación y el mayor ritmo de actividad económica en los países industrializados son actualmente un contexto objetivo favorable para iniciativas importantes en esa materia.

Hacia el interior de la región, tenemos la certidumbre de que han de generarse propuestas inteligentes y decididas ante fenómenos de la gravedad de los que estamos viviendo y han de plantearse respuestas donde el realismo no inhiba la imaginación ni la audacia, ni menoscabe la firme y seria decisión de preservar nuestros derechos soberanos. Esta reunión aportará sin duda contribuciones importantes a este esfuerzo.

Por ello, hoy, miércoles 23 de abril de 1986, me es grato declarar formalmente inaugurado este XXI Período de Sesiones de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe.

Tlatelolco, D.F., 23 de abril de 1986.